

drés decreta le dá setenta y dos años <sup>1</sup>. Santa Brígida asegura que la misma señora la reveló que su tránsito ocurrió á los sesenta y tres años. Para no dejar de citar ninguna de las opiniones que tenemos á la vista, hé aquí el relato que sobre este punto hace la V. Agreda. «Sucedió este glorioso tránsito de la gran Reina del mundo, viernes á las tres de la tarde, á la misma hora que el de su Hijo Santísimo, á trece dias del mes de agosto, y á los setenta años de su edad, menos los veinte y seis dias que median desde 13 de agosto en que murió hasta 8 de setiembre en que nació y cumpliera los setenta años.» A nuestro modo de entender, la opinion mas digna de seguirse es la de Santa Brígida, puesto que sus revelaciones han sido aprobadas por la Iglesia, honor que aun no han alcanzado las de la V. Agreda, por mas que para nosotros sean respetables y que las hayamos venido siguiendo, aunque como opinion piadosa y nada mas en muchos pasajes de la presente obra.

El entierro de María se verificó sin pompa ni aparato de ninguna clase, sino con la mayor piedad y religiosidad. Varios discursos fúnebres se pronunciaron antes de verificarse el sepelio, siendo el mas notable el de Hieroteo, como refiere San Dionisio Areopagita que fué testigo ocular del entierro de la Santísima Virgen María. Un sepulcro nuevo, pero pobre y sencillo que estaba inmediato al del Salvador, dice el P. Argentan, recibió el cuerpo de María. Este sepulcro quedó perdido y sepultado bajo la ruinas, cuando la destruccion de Jerusalem en tiempo de Tito y Vespasiano. Despues en el imperio de Marciano y Pulqueria se descubrió á fuerza de buscarlo, pero tan escondido debajo de las ruinas de la antigua Jerusalem, que era preciso bajar sesenta escalones

<sup>1</sup> Orat. 1 in Dormitione S. S. Deiparæ. Biblioth. Patr., tomo X, pág. 355, citado por Augusto Nicolás.

para llegar á él: ahora le visitan los viajeros que van á la tierra santa, y aun exhala no se que de celestial fragancia de que estuvo embalsamado por haber recibido y conservado algunos dias el preciosísimo cuerpo de la Reina de nuestros corazones <sup>1</sup>.

Momentánea fué la permanencia del cuerpo de la Santísima Virgen en el sepulcro. La que habia recibido el privilegio de la exencion del pecado original, recibió tambien el de no pasar por la corrupcion de la carne. Dispuso Dios que aquel bendito cuerpo que habia sido templo de su magestad divina entrase en el cielo, sin esperar el dia de la resurreccion universal. Tres dias hacia que María se hallaba en el sepulcro: los Apóstoles rodeaban aquella sagrada tumba, sin atreverse á separarse de aquel lugar donde les detenia una fuerza irresistible, que era el amor que la profesaban. El Apóstol Tomás no habia llegado á tiempo de ver antes de morir á su Reina y señora, y por consiguiente tampoco tuvo la honra de asistir á la traslacion de su cadáver: al llegar á Jerusalem, su primera diligencia fué dirigirse al sepulcro, alrededor del cual encontró á sus compañeros, á los cuales suplicó le permitieran contemplar y ver por última vez aquel santuario de Dios. Ellos consintieron y abrieron el sepulcro, pero ya no estaba allí el cuerpo, encontrándose tan solo los lienzos en que habia sido envuelto, los cuales exhalaban una celestial fragancia. En el momento los Apóstoles, cuyos entendimientos estaban divinamente iluminados, comprendieron que Dios la habia llevado al cielo en cuerpo y alma. Tal es la creencia de la Iglesia Católica, la que celebra con la mayor pompa y regocijo el dia 15 de agosto de cada año, la solemne fiesta de la Asuncion de la santi-

<sup>1</sup> P. Argentan, cap. XXVI.

sima Virgen á los cielos, exhortando á todos los fieles en el introito de la misa, á que se alegren y regocijen en el Señor. El mundo cristiano que con tanto cuidado he recogido y conservado las reliquias de los mártires y demas justos que se hicieron célebres en los primeros siglos del Cristianismo, no posee ninguna parte del cuerpo de la Santísima Virgen, y esto forma una prueba de su Asuncion gloriosa á los cielos aunque no necesitamos pruebas algunas sobre el consentimiento de la Iglesia que iluminada y dirigida por el Espíritu Santo, celebra como hemos dicho la festividad de la Asuncion de la Madre de Dios.

Multitud de espíritus angélicos que hacian la córte á su Soberana Emperatriz, acompañan á la Santísima Virgen en su entrada triunfante en la gloria, y en alegres himnos bendecian á Dios y colmaban de alabanzas á la que subía del desierto del mundo, llena de delicias y apoyada sobre su amado. ¿Y quién será capaz de pintar el regocijo de la Beatísima Trinidad, la alegría de los ángeles y el gozo de todos los bienaventurados al presenciar la entrada en los cielos de la feliz y venturosa criatura que habia tenido la dicha incomparable de ser Madre de todo un Dios? Al contemplar esta escena magestuosa, al fijar nuestra consideracion en la Asuncion de la Santísima Virgen María, parecemos escuchar de lábios de los espíritus angélicos estas bellas espresiones del sagrado libro de los Cantares: «¿Quién es esta que marcha como el alba al levantarse, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible cual un ejército ordenado en forma de batalla?» ¿Y quién podrá comprender ni menos explicar el gozo que inundaría el alma de María al ver á su divino Hijo sentado á la diestra de su Eterno Padre?

1 Cant. VIII, v. 5.

¡Qué dicha tan inesplicable! La purísima Virgen vé al Hijo de sus entrañas, á aquel mismo Hijo que habia visto pendiente del madero de la Cruz, ahora revestido de magestad y de grandeza como Rey inmortal de las eternidades. Recuerda en tan feliz instante los insultos, blasfemias y tormentos del Calvario, y su alma se llena de un puro regocijo al verle rodeado de tanta gloria, servido por tanta multitud de ángeles y reconocido y adorado como Dios por todos los Bienaventurados.

María sube á mas altura que todos los coros angélicos y llega hasta las mismas gradas del Dios Omnipotente, por quien es recibida: la córte celestial presencia en el mayor silencio aquel imponente espectáculo, y todos los habitantes de la celestial morada se inclinan ante la feliz criatura que habiendo sido en la tierra morada y templo de la Divinidad, vá á ser coronada por Reina de los cielos y de la tierra, de los ángeles y de los hombres; y todos los coros angélicos y los Bienaventurados: ¡bendicion, esclaman; bendicion á la sin par María!

María vá á obtener el justo premio merecido por sus virtudes heroicas, por sus grandes sufrimientos, recibiendo en sus sienes de manos de la Trinidad Beatísima la corona que la dará á conocer en adelante y para siempre por Reina de los ángeles y de los hombres. ¡Qué recompensa mas bien merecida! Jesucristo es verdad que sufrió en la tierra grandes persecuciones, insultos, blasfemias, tormentos inesplicables y la muerte en afrentoso patíbulo, porque quiso voluntariamente pagar los delitos de la humanidad; pero al fin hubo momentos en los que entusiasmadas las turbas á vista de sus milagros quisieron aclamarle Rey: un dia, tres de sus privilegiados Apóstoles le vieron transfigurado y quedaron deslumbrados en el Tabor á vista de los esplenden-

tes rayos que rodearan su divino rostro: pendiente estaba de la Cruz y es reconocido Dios por uno de los criminales que con él habian sido crucificados: muerto habia y no falta quien á vista del eclipse de los astros y del estremamiento de la tierra, esclame: «Verdaderamente este era Hijo de Dios.» Para María, para la humildísima Virgen de Judá, no hubo mas que humillaciones: desconocida en el mundo, quiso Dios que su corazon experimentase los mas crueles martirios.

En efecto: despues de haber seguido paso á paso la vida de la Santísima Virgen María, hemos tenido ocasion de observar que sus dias sobre la tierra, formaron una cadena de padecimientos, de angustias y tormentos mayores que cuanto puede concebir la imaginacion humana. Ella era la criatura mas santa, la mas pura, la mas angelical que conocieran los siglos: habia sido predestinada desde antes que existiesen los tiempos, en la mente de Dios, para su Tálamo y Sagrario: en su seno habiase verificado el gran prodigio de la humanacion del Verbo, y por consiguiente habia sido elevada á la mayor de las dignidades posibles: Hija predilecta del Eterno Padre, Madre del Verbo Divino, y Esposa escogida del Espíritu Santo, su grandeza era incomparable: esto no obstante, su patrimonio en la tierra lo constituyeron las angustias y los dolores. Hubo un momento del cual pendieron los destinos de la humanidad, de gran gozo para la humilde y pudorosa Virgen y fué aquel en que la saludó un mensajero del cielo, anunciándola que habia hallado gracia en los ojos del Señor, y que en ella se iba á verificar por virtud del Espíritu Santo la Encarnacion del Hijo de Dios. Verificóse el Misterio en el momento mismo en que María aceptó la maternidad divina: nueve meses despues su seno virginal produjo al que venia á dar la salud

al mundo, y la Bienaventurada Virgen no solamente escuchó los himnos que en torno de la gruta de Belén entonaron los ángeles del cielo, sino que tuvo la dicha de ver á los reyes y pastores postrados ante su divino Hijo, ofreciéndoles dones y reconociéndole como á verdadero Mesías. Poco despues la Virgen Madre oyó un anuncio fatídico: la inspirada voz de Simeon le hizo saber que aquel tierno Infante seria el objeto de las contradicciones del mundo, y que una aguda espada de dolor atravesaria el alma de aquella Madre. A su tiempo hicimos las reflexiones oportunas á este asunto, y siguiendo el curso de nuestra historia hemos visto que desde entonces dieron principio sus padecimientos que no concluyeron ni aun en la muerte de su divino Hijo. Mientras las predicaciones de Jesus, si bien este fué muchas veces aclamado como antes hemos dicho, y se vió rodeado de turbas que quisieron hacerle Rey, nadie paraba mientes en la sin par María, que deseando únicamente la gloria de su Hijo, vivia desconocida en la oscuridad. Justo era que la Trinidad Beatísima la concediese el premio en proporcion á sus merecimientos y asi lo hizo.

Ya hemos rodeado con el mayor afecto el lecho mortuorio y hemos visto el tránsito suave y glorioso de la Madre de nuestro Dios: hemos contemplado su Asuncion á los cielos y el recibimiento que en aquella morada del Dios Omnipotente le hicieron los coros de los Espíritus angélicos. Vamos ahora á contemplar y ver con los ojos de la fe la escena mas sublime que tiene lugar en el Empíreo: la coronacion de la Santísima Virgen María, por la que es proclamada reina de los cielos y de la tierra, de los ángeles y los humanos. Vamos á ver como la Trinidad Beatísima la eleva sobre todo cuanto es criado, rodeándola de una gloria y de una magestad, que solo tiene por su-

perior la gloria y la magestad del Dios que la engrandece.

María había llegado hasta donde no les es dado llegar ni á los más encumbrados serafines: había fijado sus plantas en el mismo trono del Escelso, donde profundamente inclinada adora á las tres divinas Personas: la corte celestial presencia aquel imponente espectáculo, al tiempo mismo que Jesucristo la presenta á su Eterno Padre, haciendo mencion de sus grandes virtudes y los cuidados que le había prodigado durante su morada entre los hombres. Parecénos escuchar al Eterno Padre que esclama: «Levántate, apresúrate amiga mia, paloma mia, hermosa mia y ven: ya pasó el invierno de las tribulaciones y amarguras: ven á mis brazos <sup>1</sup>.» Al mismo tiempo el Espíritu Santo: «Ven, esclama, ven del Libano y serás coronada <sup>2</sup>.»

Colocada la Bienaventurada María en un trono, dice la venerable escritora tantas veces citada, que hablaron las tres divinas Personas para darla á conocer á todos los cortesanos del cielo, declarando los privilegios de que gozaba. Dice que habló primero la Persona del Eterno Padre como primer principio de todo, y dirigiéndose á los ángeles y santos, exclamó: *Nuestra Hija María fué escogida y poseída de nuestra voluntad eterna entre todas las criaturas, y la primera para nuestras delicias, y nunca degeneró del título, y sér de hija, que le dimos en nuestra mente Divina; y tiene derecho á nuestro reino de quien ha de ser reconocida, y coronada por legítima Señora y singular Reina.* El Verbo humanado dijo: *A mi Madre verdadera y natural le pertenecen todas las criaturas, que por mí fueron redimidas y de todo lo que yo soy Rey, ha de ser ella legítima y suprema Reina.* El Espíritu Santo dijo: *Por el título de Esposa mia,*

<sup>1</sup> Cant. cap. II, 10 y 11.

<sup>2</sup> Ibid. cap. IV, 8.

*amiga y escogida á que con fidelidad ha correspondido, se le debe también la corona de Reina por toda la eternidad.* Inmediatamente las tres divinas Personas colocaron sobre la cabeza de María Santísima la corona de admirable resplandor que declaraba su dignidad sublime.

Coronada que fué la Santísima Virgen, dice la misma escritora, salió del trono del Señor una voz que decía: «Amiga y escogida entre todas las criaturas, nuestro reino es tuyo; tú eres Reina, Señora y Superiora de todos los serafines y de todos nuestros ministros los ángeles, y de toda la universidad de nuestras criaturas. Atiende, manda y reina prósperamente sobre ellas, que en nuestro supremo consistorio, te damos imperio, magestad y señorío. Siendo llena de gracia sobre todos, te humillaste en tu estimacion al inferior lugar: recibe ahora el supremo que te se debe, y el dominio participado de nuestra Divinidad sobre todo lo que fabricaron nuestras manos con nuestra Omnipotencia. Desde tu real trono mandarás hasta el centro de la tierra; y con el poder que te damos sujetarás al infierno y todos sus demonios y moradores; todos te temarán como á Suprema Emperatriz y Señora de aquellas cavernas y morada de nuestros enemigos. Reinarás sobre la tierra y todos sus elementos y sus criaturas. En tus manos y tu voluntad ponemos las virtudes y efectos de todas las causas, sus operaciones, su conservacion, para que dispenses de las influencias de los cielos, de la lluvia, de las nubes, de los frutos de la tierra, y de todo distribuya por tu disposicion, á que estará atenta nuestra voluntad para ejecutar la tuya. Serás Reina y Señora de todos los mortales para mandar y detener la muerte y conservar su vida. Serás Emperatriz y Señora de la Iglesia militante, su protectora, su Abogada, su Madre y su Maestra. Serás especial Patrona de los reinos católicos,

y si ellos y los otros fieles y los demás hijos de Adán te llamasen de corazón y te sirviesen y obligasen, los remediarás y ampararás en sus trabajos y necesidades. Serás amiga, defensora y capitana de todos los justos y amigos nuestros; y á todos los consolarás, confortarás y llenarás de bienes, conforme te obligaren con su devoción. Para todo esto te hacemos depositaria de nuestras riquezas, tesorera de nuestros bienes, ponemos en tu mano los auxilios y favores de nuestra gracia, para que los dispenses; y nada queremos conceder al mundo que no sea con tu mano y no queremos negarlo si lo concedieres á los hombres. En tus labios estará derramada la gracia para todo lo que quisieres y ordenares: en el cielo, en la tierra y en todas partes te obedecerán los ángeles y los hombres; porque todas nuestras cosas son tuyas, como tú siempre fuiste nuestra y reinarás con nosotros para siempre <sup>1</sup>»

¡Con cuánta alegría escucharían los coros angélicos tan soberanas disposiciones! ¡Qué himnos y cánticos resonarían en el augusto palacio de la Divinidad! ¡Gloria á Dios que de tal modo quiso enriquecer y elevar á la Purísima Virgen, cuyo seno inmaculado le sirvió de templo y de sagrario! ¡Gloria á María que habiendo sabido corresponder fielmente á tantas gracias cómo le concediera el Omnipotente fué digna Madre de Dios y mereció ser coronada Reina de todo lo criado! ¡Felices mil y mil veces nosotros los mortales, que tenemos en el cielo una Madre tan misericordiosa como llena de poder, de intercesión á favor de los pecadores!

Con razón los fieles en toda la extensión del cristianismo, acuden á María en demanda del remedio de los males del mundo: con razón la Iglesia la llama, *Consuelo de los*

<sup>1</sup> V. Agreda. Obra citada. Parte III, lib. VIII, cap. XXII.

*astigidos y Refugio de los pecadores*, porque ella es la medianera de intercesión interpuesta entre Jesucristo su Hijo y las criaturas: en ella se hallan como reasumidas todas las riquezas del Omnipotente y su pensamiento culminante, su deseo constante no es otro que favorecer desde el cielo á los pecadores que arrepentidos se acojen á su protección é imploran su patrocinio. Dotada de un corazón misericordioso é identificada con los sentimientos de su Divino Hijo, está pronta á favorecer y amparar á todos los que la profesan una devoción cordial y verdadera, que esté cimentada en la práctica de las virtudes.

Dijimos al principio de este capítulo que en la Santísima Virgen María tenemos el mas elocuente libro para aprender á morir santamente, estudio á que el hombre debe aplicar todos sus desvelos. Y en efecto, nos es de tanta importancia el aprender á morir cuanto que de la muerte pende la eternidad como dice San Bernardo. Que el hombre llegue á reunir á las grandezas de un Alejandro, la sabiduría de un Salomón y las riquezas de un Cresos, que inflamado su pecho por el fuego del amor patrio, se sacrifique en bien de sus semejantes, y del país al que debe naturaleza é instrucción, ¿qué le aprovechará todo esto sino sabiendo morir pierde su alma? Hé aquí porque hemos procurado al narrar la vida de Nuestra Señora, detenernos varias ocasiones en hacer algunas reflexiones, acerca de la necesidad de imitar los ejemplos que nos dejó de sus virtudes para alcanzar su protección, y por ella el fin último á que debemos aspirar que no es otro que la posesión de la felicidad suprema. Ahora bien, cuando hemos pintado aunque con tosco pincel la muerte de la Santísima Virgen María, su

<sup>1</sup> Quid enim predest homini, si mundum universum lucretur, anima vero sua detrimentum patiat? Math. XVI, 26.